

CAPÍTULO VI

Del progreso del catolicismo en los Estados Unidos.

La América es el país más democrático de la tierra y, al mismo tiempo, aquél en donde, según las relaciones más fidedignas, hace la religión católica más progresos, lo cual no deja de sorprender á primera vista.

Es necesario distinguir dos cosas: la igualdad dispone á los hombres á querer juzgar por sí mismos; pero, por otro lado, les da la idea y el deseo de someterse á un poder social único, sencillo é igual para todos. Los hombres que viven en los siglos democráticos son, por esta razón, muy inclinados á substraerse de toda autoridad religiosa. Pero si consienten en someterse á alguna, quieren, á lo menos, que sea única y uniforme: los poderes religiosos que no vayan todos á parar á un mismo centro, chocan naturalmente á su inteligencia, y entonces tan fácil le es concebir que no hay ninguna religión, como que haya muchas.

Ahora más que nunca vemos católicos que se hacen incrédulos y protestantes que se hacen católicos. Si se considera interiormente el catolicismo, parece que pierde, y si miramos fuera de él, se observa, por el contrario, que gana. Todo esto puede explicarse. Los hombres en este siglo están poco dispuestos á creer; pero desde que tienen una religión, encuentran en sí mismos un instinto oculto que, sin saberlo, los impele hacia el catolicismo.

Muchas de las doctrinas y usos de la iglesia romana les causan extrañeza, pero admiran en secreto su gobierno y los atrae su grande unidad.

Si el catolicismo consiguiese substraerse á los odios políticos que hace nacer, no dudo que el mismo espíritu del siglo que le parece tan contrario vendría á serle muy favorable, y aun haría de repente grandes conquistas.

Una de las debilidades más familiares á la inteligencia humana es la de querer conciliar principios contrarios y comprar la paz á expensas de la lógica. Ha habido y habrá siempre hombres que, después de haber sometido á una autoridad algunas de sus creencias religiosas, querrán substraerle otras muchas, y dejarán fluctuar su espíritu, á la ventura, entre la obediencia y la libertad. Pero yo pienso que el número de éstos será menor en los siglos democráticos que en los otros, y que nuestros nietos se inclinarán cada vez más á no dividirse sino en dos partidos; unos, saliendo enteramente del cristianismo, y los otros, entrando en el seno de la iglesia romana.

CAPÍTULO VII

Lo que inclina el espíritu de los pueblos democráticos hacia el panteísmo.

Haré ver más tarde de qué manera el gusto predominante de los pueblos democráticos por las ideas muy generales, se encuentra también en la política; pero desde ahora quiero indicar su efecto principal en filosofía.

No se puede negar que el panteísmo ha hecho grandes progresos en nuestros días, y los escritos de una porción de Europa llevan visiblemente esta marca. Los alemanes le introducen en la filosofía y los franceses en la literatura. La mayor parte de las obras de imaginación que se publican en Francia encierran algunas opiniones ó algunas pinturas tomadas de las doctrinas panteístas, ó dejan por lo menos percibir en sus autores una especie de tendencia hacia esta misma doctrina. No creo que esto proceda sólo de un accidente, sino más bien de una causa durable.

A medida que haciéndose las condiciones más iguales cada hombre en particular llega á ser más semejante á los otros, más débil y más pequeño, se toma la costumbre de no pensar en los ciudadanos, para considerar sólo al pueblo, y se olvida á los individuos para no ocuparse sino de la especie.

En tales tiempos, el espíritu humano quiere abrazar á la vez una multitud de objetos diversos, y aspira constantemente á poder deducir muchas consecuencias de una sola causa. La idea de la unidad lo obsedia; la busca por todas partes, y cuando cree haberla encontrado, se ensancha y se tranquiliza, no contentándose.

con descubrir en el mundo una sola creación y un creador. Esta primera división de las cosas le incomoda todavía, y trata de engrandecer y simplificar su pensamiento comprendiendo á Dios y al universo en una sola idea.

Si encuentro un sistema filosófico por el cual las cosas materiales é inmateriales, visibles é invisibles que contiene el mundo, no sean consideradas más que como las diversas partes de un sér inmenso que sólo permanece eterno en medio del cambio continuo y la transformación incesante de todo lo que le compone, no tendré dificultad en concluir que semejante sistema, aunque destruya la individualidad humana, ó más bien, porque la destruye, tiene atractivos secretos para los que viven en las democracias, porque todos sus hábitos intelectuales los preparan á concebirlo y les ponen en el caso de adoptarlo; él atrae ya naturalmente su imaginación y la fija; sustenta el orgullo de su espíritu y lisonjea su abandono.

De los diversos sistemas con que la filosofía trata de explicar el universo, el panteísmo me parece uno de los más propios para reducir el espíritu humano en los siglos democráticos y, por esta razón, todos los amantes de la verdadera grandeza del hombre deben reunirse contra él y combatirlo.

CAPÍTULO VIII

De cómo la igualdad sugiere á los americanos la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre.

La igualdad sugiere á los hombres muchas ideas que no les ocurrirían sin ella, y modifica casi todas las que ellos tenían formadas. Tomo, por ejemplo, la idea de la perfectibilidad humana, porque es una de las principales que puede concebir la inteligencia y la que constituye por sí sola una gran teoría filosófica, cuyas consecuencias se dejan ver á cada paso en la práctica de los negocios.

Si bien el hombre se parece en muchas cosas á los animales, hay, sin embargo, una circunstancia particular, cual es la perfección, que le distingue de ellos, porque éstos no se perfeccionan y él puede fácilmente conseguirlo. La especie humana ha reconocido desde su origen esta diferencia, y la idea de la perfectibilidad es tan antigua como el mundo, debiendo advertirse que la igualdad no es la que la ha creado, sino que ella le ha dado un carácter nuevo.

Cuando los ciudadanos están clasificados según la calidad, la profesión y el nacimiento, y que todos se ven forzados á seguir el camino á cuya entrada los colocó la casualidad, cada uno cree ver cerca de sí los últimos límites del poder humano y ninguno pretende luchar contra un destino inevitable. Los pueblos aristocráticos no niegan al hombre la facultad de perfeccionarse ni la juzgan indefinida; conciben la mejora, mas no el cambio completo; se imaginan que la condición de las sociedades puede ser más ven-

tajosa, pero no llegar á ser distinta, y conviniendo en que la humanidad ha hecho grandes progresos, y que puede hacer algunos todavía, la encierran desde luego dentro de ciertos límites que no puede traspasarse. Jamás creen ellos haber llegado al soberano bien y á la verdad absoluta (porque ningún pueblo ni ningún hombre ha sido tan insensato para figurárselo nunca); mas, sin embargo, quieren persuadirse que han alcanzado la elevación de grandeza y de saber que nuestra naturaleza imperfecta permite, y como nada se mueve alrededor de ellos, les parece que todo está en su lugar. Entonces es cuando el legislador intenta promulgar leyes eternas, cuando los pueblos y los reyes quieren levantar sólo monumentos seculares y cuando la generación presente se encarga de ahorrar á las venideras el cuidado de arreglar sus destinos.

A medida que las castas desaparecen; que se aproximan las clases; que, mezclándose los hombres como en tropel, varían los usos, las costumbres y las leyes; que sobrevienen hechos nuevos y salen á luz verdades recientes; que las antiguas opiniones desaparecen y son reemplazadas por otras, la imagen de una perfección ideal y siempre fugitiva, se presenta al espíritu humano, y á cada instante suceden grandes mudanzas á los ojos de cada hombre; los unos empeoran su posición y comprenden perfectamente que un pueblo ó un individuo, por esclarecido que sea, no es infalible; los otros mejoran su suerte y demuestran, por consecuencia, que el hombre en general está dotado de la facultad indefinida de perfeccionar. Sus desgracias le dan á conocer que ninguno puede lisonjearse de haber descubierto el bien absoluto, y sus éxitos felices le animan á seguirlo sin descanso, de modo que, buscando siempre, cayendo, levantándose, frecuentemente alucinado y nunca desalentado, tiende sin cesar hacia esa grandeza inmensa, que percibe confusamente al fin de la carrera que la humanidad debe andar todavía.

Es imposible imaginar los hechos que provienen de esta teoría filosófica, por la cual el hombre es infinitamente susceptible de perfección, y la poderosa influencia que ejerce sobre aquellos mismos que, habiéndose ocupado en obrar, pero nunca en pensar, parecen conformar con ella sus acciones, sin conocerla.

Si encontrando un marinero americano, le preguntase por qué

razón los buques de su país están contruídos como para tener poca duración, él me respondería sin vacilar: que el arte de la navegación hace cada día progresos tan rápidos, que el navío más hermoso vendría á ser muy pronto inútil, si durase más de un corto número de años. Estas palabras, pronunciadas, tal vez sin pensarlas, por un hombre tosco y á propósito de un hecho particular, me hacen descubrir fácilmente la idea general y sistemática por cuya influencia conduce un gran pueblo todas las cosas.

Las naciones aristocráticas son, naturalmente, inclinadas á estrechar demasiado los límites de la perfectibilidad humana y las democráticas los extienden, algunas veces sin medida.

CAPÍTULO IX

Por qué el ejemplo de los americanos no prueba que un pueblo democrático deje de tener la aptitud y el gusto para las ciencias, la literatura y las artes.

Es necesario reconocer que, entre los pueblos civilizados de nuestros días, hay pocos en que las altas ciencias hayan progresado menos que en los Estados Unidos y hayan producido menos grandes artistas, poetas ilustres y escritores célebres.

Muchos europeos, admirados de este espectáculo, lo consideran como un resultado natural é inevitable de la igualdad, y aun han creído que si el estado social y las instituciones democráticas llegasen alguna vez á prevalecer sobre todos los países de la tierra, el espíritu humano vería obscurecerse poco á poco la luz que lo ilumina y los hombres volverían á caer en las tinieblas.

Los que así ratiocinan confunden muchas ideas que conviene dividir y examinar separadamente, y mezclan, sin querer, lo que es democrático con lo que es puramente americano.

La religión que profesaban los primeros colonos ó emigrados y que han legado á sus descendientes, sencilla en su culto, austera y casi salvaje en sus principios, enemiga de signos exteriores y de la pompa de las ceremonias, es naturalmente poco favorable á las bellas artes y no permite, sino con pesar, los goces literarios.

Los americanos componen un pueblo antiguo y muy instruído que ha encontrado un país nuevo é inmenso en que pueden extenderse á su voluntad y cultivar sin trabajo. Esto no tiene ejemplo en el mundo, y así es que en América encuentra cada uno medios fáciles para hacer su fortuna ó para aumentarla, que son

desconocidos en otros puntos; porque los deseos inmoderados, por una parte, y el espíritu humano, separado siempre de los placeres de la imaginación y de los trabajos de la inteligencia, por otra, no propenden sino á la adquisición de las riquezas. No sólo se ven en los Estados Unidos, como en todos los otros países, clases industriales y comerciantes, sino que todos los hombres se ocupan á la vez de industria y de comercio, cosa que no se había visto jamás hasta ahora. Estoy, sin embargo, convencido de que si los americanos se hubiesen hallado solos en el universo, con la libertad y las luces adquiridas por sus padres y las pasiones que les son propias, no habrían tardado mucho en descubrir que no se pueden hacer por largo tiempo grandes progresos en la práctica de las ciencias, sin cultivar la teoría; que todas las artes se perfeccionan las unas por las otras, y por embebidos que se hallasen en alcanzar el objeto primario de sus deseos, pronto habrían reconocido que es preciso de cuando en cuando desviarse de él, para conseguirlo mejor.

El gusto por los placeres del espíritu es, por otro lado, tan natural en el corazón del hombre civilizado, que aun entre las naciones cultas, que son las menos dispuestas á entregarse á él, se encuentra siempre un número de ciudadanos que lo concibe, y una vez sentida esta necesidad intelectual, es bien pronto satisfecha.

Pero mientras los americanos no piden á la ciencia sino las aplicaciones particulares á las artes y los medios de hacer la vida agradable, la docta y literaria Europa se encarga de remontarse al origen general de la verdad, y perfecciona al mismo tiempo todo lo que puede concurrir á los placeres y servir á las necesidades del hombre.

Los habitantes de los Estados Unidos distinguían, á la cabeza de las naciones ilustradas del mundo antiguo, una con la cual les unía estrechamente un origen común y hábitos análogos; y encontrando en ella sabios célebres, artistas hábiles y grandes escritores, podían recoger los tesoros de la inteligencia sin tener el trabajo de reunirlos.

Por mi parte, no puedo convenir en separar América de Europa, á pesar del Océano que las divide, porque considero á los Estados Unidos como la porción del pueblo inglés encargada de beneficiar los bosques del Nuevo Mundo, al paso que el resto de la

nación, más libre de tareas y menos entregado á los cuidados materiales de la vida, puede darse al estudio y ensanchar en todos sentidos el espíritu humano.

La situación de los americanos es, pues, enteramente excepcional, y debe creerse que ningún pueblo democrático la alcanzará nunca. Su origen puritano, sus hábitos únicamente comerciales, el país mismo que habitan y que parece alejar su inteligencia del cultivo de las ciencias, de las letras y de las artes; la proximidad de Europa, que les permite abandonar tal cultivo sin recaer en el estado de barbarie, y mil otras causas de las que no he podido indicar sino las principales, han debido reducir el espíritu americano de una manera singular al estudio de las cosas puramente materiales. Las pasiones, las necesidades, la educación, las circunstancias, todo parece, en efecto, concurrir á inclinar al habitante de los Estados Unidos hacia las cosas temporales, y sólo la religión lo eleva, de tiempo en tiempo, á la contemplación pasajera de las divinas.

Dejemos de ver todos los países democráticos bajo la forma del pueblo americano, y considerémoslos bajo sus propios caracteres. Figurémonos, por un momento, un pueblo en que no hubiese divisiones, jerarquías, ni clases; en que la ley, no reconociendo privilegios, dividiese igualmente las herencias, y que al propio tiempo estuviera privado de luces y de libertad. Esta no es, sin embargo, una vana hipótesis, pues en los intereses de un déspota cabe el hacer á sus vasallos iguales y el dejarlos en la ignorancia, á fin de conservar con más facilidad la esclavitud.

No solamente un pueblo democrático de esta especie no tendría gusto ni aptitud para las ciencias, la literatura ni las artes, sino que nunca llegaría á formárselo; y la ley de las sucesiones se encargaría por sí misma de destruir en cada generación las fortunas, de modo que nadie crearía otras nuevas. El pobre, privado de luces y de libertad, ni aun concebiría la idea de la riqueza; y el rico se dejaría arrastrar hacia la pobreza, sin saber impedirlo. Se establecería entre estos dos ciudadanos una completa é invencible igualdad, y nadie tendría ni tiempo, ni gusto para entregarse á los trabajos y á los placeres de la inteligencia, porque todos permanecerían entorpecidos con la misma ignorancia y en igual esclavitud.

Cuando imagino una sociedad democrática de esta especie, creo trasladarme á uno de esos subterráneos reducidos y ahogados, en donde las luces traídas de fuera se debilitan y vienen al fin á apagarse. Me parece, pues, que una pesadez súbita me abrumba y que yo mismo me lanzo en medio de las tinieblas que me rodean para hallar la salida que debe conducirme al aire y á la claridad; mas todo esto no puede aplicarse á los hombres ya ilustrados que, después de haber destruído entre ellos los derechos particulares y hereditarios que fijaban para siempre las fortunas en medio de ciertos individuos ó de ciertos cuérpos, permanecen libres.

Cuando los hombres que viven en el seno de una sociedad democrática son ilustrados, descubren sin trabajo que nada los limita, los fija ni los obliga á contentarse con su fortuna presente, conciben la idea de aumentarla y si son libres, tratan de hacerlo; pero no todos obtienen igual resultado. Aunque la legislatura no conceda privilegios, la naturaleza los da, porque siendo muy grande la desigualdad natural, las fortunas dejan de ser iguales al momento en que cada uno hace uso de todas sus facultades para enriquecerse.

La ley de las sucesiones se opone á la fundación de familias ricas, pero no impide que haya riquezas. Ella dirige á los ciudadanos hacia un nivel común, del que ellos salen sin cesar, haciéndose más desiguales en bienes á medida que sus luces son mayores y su libertad más grande.

En nuestro tiempo se ha levantado una secta célebre por su genio y extravagancias, que pretendía reunir todos los bienes en las manos de un Poder central, encargándolo de distribuirlos en seguida según el mérito de los particulares, á fin de substraerse de este modo á la perfecta y eterna igualdad que parecía amenazar las sociedades democráticas.

Hay otro remedio más sencillo y menos peligroso, cual es el de no conceder á nadie privilegios, dar á todos las mismas luces é igual dependencia y dejar á cada uno el cuidado de señalarse su puesto; pero en este caso, la desigualdad natural aparecería pronto, y la riqueza por sí misma iría á manos de los más capaces.

Las sociedades libres y democráticas encierran siempre en su seno una multitud de gentes opulentas ó con comodidades; pero

estos ricos no se ligarán nunca entre ellos tan estrechamente como los miembros de la antigua aristocracia; tendrán inclinaciones diferentes y casi nunca un sosiego tan completo y asegurado, porque serán infinitamente más numerosos que los que en la aristocracia componían esta clase. Estos hombres no estarán completamente encerrados en las preocupaciones de la vida material y podrán, con más ó menos fuerza, entregarse á los placeres y trabajos de la inteligencia y se entregarán sin duda, pues si bien es cierto que el espíritu humano se inclina por una parte á lo limitado, á lo inmaterial y lo bello, las necesidades físicas lo inclinan á la tierra, pero cuando dejan de retenerlo, se levanta de nuevo por sí mismo, y no sólo el número de los que pueden interesarse en las teorías del espíritu será más grande, sino que el gusto de los goces intelectuales se manifestará en seguida hasta en los mismos que en las sociedades aristocráticas parece que no tienen el tiempo ni la capacidad de entregarse á él.

Cuando ya no existen riquezas hereditarias, privilegios de clase ni prerrogativas de nacimiento, y cada uno es fuerte por sí mismo, parece evidente que lo que hace la principal diferencia entre la fortuna de los hombres, es su capacidad intelectual. Entonces todo aquello que sirve para fortificar, extender ó adornar la inteligencia adquiere un gran valor.

La ventaja del saber se descubre aun á los ojos mismos de la multitud con suma claridad. Los que no gustan de sus encantos, aprecian sus efectos y hacen algunos esfuerzos para alcanzarlo.

En los siglos democráticos, ilustrados y libres, los hombres no tienen quien los separe ni quien los retenga en su puesto, y se elevan ó descienden con una rapidez singular. Todas las clases se ven constantemente, porque se encuentran inmediatas; se comunican y se mezclan todos los días; se imitan y se envidian, y esto sugiere al pueblo una multitud de ideas, de nociones y de deseos que no habría tenido si las clases hubiesen estado fijas y la sociedad inmóvil. En estas naciones el criado no se considera como totalmente extraño á los goces y á los trabajos del amo ni el pobre, á los del rico; el hombre del campo se esfuerza en asemejarse al de la ciudad y las provincias, á la metrópoli.

Así nadie se contrae únicamente á los cuidados materiales de la vida, y el más humilde artesano echa de cuando en cuando algu-

nas miradas codiciosas y furtivas al mundo superior de la inteligencia. No se lee con el mismo espíritu ni del mismo modo que entre los pueblos aristocráticos; pero el círculo de los lectores se extiende sin cesar y concluye por comprender á todos los ciudadanos.

Desde el momento en que la multitud principia á interesarse en los trabajos del espíritu, se considera como un medio de adquirir la gloria, el poder y la riqueza, el distinguirse en alguno de ellos. La inquieta ambición que la igualdad produce, se vuelve tan pronto de este lado como de los otros, y el número de los que cultivan las ciencias, las letras y las artes viene á ser inmenso, porque se despierta una actividad prodigiosa en el mundo de la inteligencia; cada uno trata de abrirse un camino en él, y se esfuerza en atraer sobre sí las miradas del público. Mucha analogía tiene esto con lo que sucede en los Estados Unidos en la sociedad política: las obras son allí frecuentemente imperfectas, pero innumerables; y aunque el éxito de los esfuerzos individuales sea ordinariamente pequeño, el resultado general es muy grande. No hay razón para decir que los hombres que viven en los siglos democráticos son naturalmente indiferentes por las ciencias, las letras y las artes; pues sólo se puede reconocer que las cultivan á su modo y que, por lo mismo, tienen las cualidades y defectos que les son propios.

CAPÍTULO X

Por qué razón los americanos se aplican más bien á la práctica de las ciencias que á su teoría.

Si el estado social y las instituciones democráticas no detienen el vuelo del espíritu humano, á lo menos es incontestable que lo dirigen más bien de un lado que de otro. Sus esfuerzos, aunque limitados, son por otra parte muy grandes, y espero que se me perdonará me detenga un momento para contemplarlos.

Cuando hablé del método filosófico de los americanos, hice varias observaciones que servirán ahora.

La igualdad desenvuelve en cada hombre el deseo de juzgar de todo por sí mismo, le da en todas las cosas el gusto por lo tangible y lo positivo y el desprecio de las tradiciones y de las formas. Estos instintos generales se hacen principalmente ver en el objeto particular de este capítulo.

Los que cultivan las ciencias en los pueblos democráticos temen siempre perderse en las utopias; desconfían de los sistemas y quieren acercarse á los hechos á fin de estudiarlos por sí mismos; pero como no se dejan engañar fácilmente por el nombre de algunos de sus semejantes, no se hallan dispuestos á jurar bajo la palabra de una autoridad en la materia y, antes al contrario, se les ve constantemente ocupados en buscar el lado débil de su doctrina. Las tradiciones científicas tienen poco imperio sobre ellos; jamás se detienen largo tiempo en las sutilezas de una escuela, y se cuidan muy poco de palabras escogidas; penetran cuanto pueden hasta las partes principales del objeto que los ocupa, y les

gusta exponerlas en lengua vulgar. Entonces, las ciencias tienen una marcha más libre y segura, pero menos elevada.

El entendimiento puede, á mi ver, dividir la ciencia en tres partes:

La primera contiene los principios más teóricos, las nociones más abstractas, esas, pues, cuya aplicación no es conocida ó está muy distante.

La segunda se compone de las verdades generales, que aunque fijas en la teoría pura, conducen, sin embargo, por una vía recta y corta á la práctica.

Los medios de aplicación y de ejecución forman la tercera.

Cada una de estas diferentes porciones de la creencia puede cultivarse separadamente, aunque la razón y la experiencia hagan conocer que ninguna de ellas puede prosperar por largo tiempo, cuando se la separa enteramente de las otras dos.

En América, la parte puramente de las ciencias se cultiva de una manera admirable, y se ocupan asimismo los yanquis con esmero de la parte teórica, que inmediatamente se requiere para la aplicación; en esto manifiestan los americanos un espíritu claro, libre, original y fecundo; pero no hay casi nadie en los Estados Unidos que se entregue completamente al aspecto teórico y abstracto de los conocimientos humanos. Los americanos muestran en esto el exceso de una tendencia que se hallará, según creo, aunque en grado inferior, en todos los pueblos democráticos.

No es nada tan preciso para el cultivo de las altas ciencias, ó el cariz más elevado de ellas, como la meditación, y nada tampoco es menos propio para la meditación que el interior de una sociedad democrática. Jamás se encuentra en ella, como en los pueblos aristocráticos, una clase numerosa que se mantenga en el reposo porque se halle á gusto, ni otra que deje de agitarse porque desespere de mejorar. Todos allí se agitan; los unos quieren obtener el poder; los otros, apoderarse de la riqueza, y en medio de este movimiento universal, de este choque continuo de intereses contrarios, de esta marcha constante de los hombres en pos de la fortuna, ¿cómo ha de encontrarse la calma que necesitan las profundas combinaciones de la inteligencia? ¿Cómo es posible detener el pensamiento sobre un solo punto, cuando alrededor de sí todo se conmueve, y aun el hombre mismo se encuentra arrastrado y en-

vuelto cada día en la corriente impetuosa que todo lo arrolla en torno de él? Es preciso distinguir la especie de agitación permanente que reina en el seno de una democracia tranquila y constituida, de los movimientos tumultuosos y revolucionarios que acompañan casi siempre al nacimiento y desarrollo de una sociedad democrática; pues cuando una revolución violenta tiene lugar en un pueblo civilizado, no puede dejar de producir un impulso súbito en los sentimientos y en las ideas; y esto sucede, sobre todo, en las revoluciones democráticas, que, removiéndolo á la vez todas las clases de que se compone un pueblo, hacen nacer á la par innumerables ambiciones en el corazón de cada ciudadano.

Que los franceses hayan hecho de repente tan admirables progresos en las ciencias exactas al momento mismo en que acaban de destruir los restos de la antigua sociedad feudal, hay que atribuirlo, no á la democracia, sino á la revolución sin ejemplo que acompañó su desarrollo. Lo que ocurrió entonces fué un hecho particular, y sería imprudente ver en él indicio de una ley general.

Las grandes revoluciones no son más comunes en los pueblos democráticos que en los otros, y yo creo que aun lo son menos: pero reina en el seno de estas naciones un movimiento incómodo y una especie de agitación incesante, en que los hombres, rodando, por decirlo así, los unos sobre los otros, turban y distraen el entendimiento sin animarlo ni elevarlo.

No solamente los hombres que viven en las sociedades democráticas se entregan con dificultad á la meditación, sino que naturalmente la estiman en poco. El estado social y las instituciones democráticas dirigen la mayor parte de los hombres á la acción incesante; mas los hábitos del espíritu que convienen á la acción, no se armonizan siempre con el pensamiento, y el hombre que obra tiene frecuentemente que contentarse poco más ó menos con lo que consiga, porque nunca llegaría al término de su objeto si quisiese perfeccionar cada cosa individualmente. Para esto necesita apoyarse sobre ideas que no ha tenido tiempo de profundizar á causa de que más bien se atiene á la oportunidad de las que utiliza que á su rigurosa exactitud; y, en todo caso, hay menos riesgo en hacer uso de algunos principios falsos que en consumir el tiempo depurando la verdad de todos ellos. El mundo no se con-

duce mediante largas y sabias demostraciones, pues la vista rápida de un hecho particular, el estudio diario de las mudables pasiones de la muchedumbre, la casualidad del momento y la habilidad de aprovecharse de él, deciden de todos los negocios.

En los siglos, pues, en que casi todo el mundo obra, hay una disposición general á dar un precio excesivo al atrevimiento impetuoso y á las concepciones superficiales de la inteligencia y, por el contrario, á despreciar sin medida su trabajo profundo y lento. Esta opinión pública influye sobre el juicio de los hombres que cultivan las ciencias, les persuade que pueden tener buen éxito sin meditación ó los separa de las ciencias que la exigen.

Hay un gran número de maneras de estudiar las ciencias. Nótese en una multitud de hombres un gusto egoísta, mercantil é industrial por los descubrimientos del espíritu, que no debe confundirse con la pasión desinteresada que se enciende en el corazón de un corto número; y hay entre otros un deseo de hacer útiles los conocimientos y un anhelo decidido por adquirirlos. No dudo que nazca de tiempo en tiempo entre algunos un amor inagotable y ardiente por la verdad, que se nutra por sí mismo y goce incesantemente sin poder llegar á verse nunca satisfecho. Este amor ardiente, orgulloso y desinteresado, es el que conduce á los hombres al manantial abstracto de la verdad para, tomar en él las ideas primordiales.

Si Pascal no hubiera aspirado más que á algún provecho, ó si le hubiera movido sólo el deseo de gloria, no creo que hubiera podido reunir jamás, como lo hizo, todo el poder de su inteligencia para descubrir mejor los secretos más recónditos del Creador. Cuando lo veo arrancar, en cierto modo, su alma de entre los cuidados de la vida, á fin de aplicarla toda entera á esta investigación y, rompiendo prematuramente los lazos que la retienen al cuerpo, morir viejo antes de cumplir los cuarenta años de su edad, me detengo por efecto de una admiración que me prohíbe ir más adelante, y comprendo que no puede ser una causa común la que produzca tan extraordinarios esfuerzos.

El porvenir probará si estas pasiones raras y fecundas nacen y se desarrollan tan fácilmente en medio de las sociedades democráticas, como en el seno de la aristocracia: por lo que á mí toca, confieso que tengo dificultad en creerlo. En las sociedades aristo-

cráticas, la clase que dirige la opinión y maneja los negocios, hallándose colocada de una manera permanente y hereditaria sobre la multitud, concibe naturalmente una idea soberbia de sí misma y del hombre. Se imagina para sí goces gloriosos y fija brillantes fines á sus deseos.

Las acciones de los aristócratas son frecuentemente tiránicas é inhumanas; pero ellos conciben raras veces pensamientos bajos; manifiestan cierto desdén orgulloso por los pequeños placeres, aun cuando se den á ellos, y esto eleva las almas á un alto tono. En los siglos aristocráticos se tienen generalmente ideas vastas de la dignidad, del poder y de la grandeza del hombre. Tales opiniones influyen sobre los que cultivan las ciencias como sobre todos los demás; facilitan el vuelo natural del espíritu hacia las más altas regiones del pensamiento, y le disponen á concebir el amor sublime y casi divino por la verdad.

Los sabios de esos tiempos son frecuentemente arrastrados hacia la teoría, y aun les sucede muchas veces el concebir un gran desprecio por la práctica. «Arquímedes—dice Plutarco,—tuvo un corazón tan grande, que no quiso dejar por escrito ninguna obra sobre el modo de dirigir las máquinas de guerra; y reputando vil, baja y mercenaria toda ciencia de inventar y componer máquinas y generalmente todo arte que da alguna utilidad poniéndolo en práctica, ocupó su entendimiento y su estudio en escribir sólo cosas cuyas bellezas é ingenio no se mezclase de ningún modo con la necesidad». He aquí el designio aristocrático de las ciencias. Este no puede ser el mismo en las naciones democráticas. La mayoría de los hombres que forman parte de estas naciones son muy codiciosos de goces materiales y presentes; y como se hallan siempre descontentos de la posición que ocupan y son siempre ámbitos de abandonarla, no piensan sino en los medios de cambiar su fortuna ó de aumentarla.

Para los espíritus así dispuestos, todo nuevo método que conduzca por un camino más corto á la consecución de riqueza, toda máquina que abrevie el trabajo, todo instrumento que disminuya los gastos de producción, todo descubrimiento que facilite los placeres y los aumente, parece el más espléndido esfuerzo de la inteligencia humana. Tal es el lado por donde los pueblos democráticos se aplican principalmente á las ciencias, las comprenden y

las honran. En los siglos aristocráticos se buscan con especialidad en las ciencias los goces del espíritu, y en las democracias, los del cuerpo.

Mientras más democrática, ilustrada y libre es una nación, más aumenta el número de los apreciadores interesados del genio científico y más provecho, más gloria y aun más poder darán á sus autores los descubrimientos inmediatamente aplicables á la industria; porque en las democracias, la clase trabajadora toma parte en los negocios públicos, y los que la sirven aguardan de ella tanto los honores como el dinero.

Fácilmente se puede ver que, en una sociedad organizada de este modo, el espíritu humano es insensiblemente llevado á abandonar la teoría y que debe, por el contrario, sentirse impelido, por una energía sin igual, hacia la práctica ó al menos hacia esa posición de la teoría que es indispensable á los que la aplican; y en vano una inclinación instintiva lo elevará hacia la más alta esfera de la inteligencia, pues el interés le hará descender á las medianas, y allí será donde desplegando su fuerza y su inquieta actividad, creará, por decirlo así, maravillas. Esos mismos americanos, que no han descubierto ni una sola de las leyes generales de la mecánica, han introducido en la navegación una máquina nueva que cambia la disposición del casco.

Estoy lejos de pretender que los pueblos democráticos de nuestros días estén destinados á ver extinguirse las luces superiores del espíritu humano; ni aun que dejen de brillar otras nuevas en su seno. En el tiempo en que nos hallamos y entre tantas naciones ilustradas á las que atormenta sin cesar el ardor de la industria, los lazos que unen entre sí las diferentes partes de la ciencia atraen necesariamente las miradas, y aun el amor á la práctica, si es ilustrado, debe conducir á los hombres á no abandonar la teoría. En medio de tantos ensayos de aplicaciones y de tantas experiencias repetidas cada día, es imposible que las leyes generales no aparezcan con frecuencia, de tal suerte que los grandes inventores sean raros.

Por otra parte, yo creo en las altas vocaciones científicas. Si la democracia no conduce al hombre á estudiar las ciencias por ellas mismas, aumenta extraordinariamente el número de los que las cultivan, y es de creer que entre tan gran multitud nazca de

tiempo en tiempo algún genio especulativo á quien inflame el solo amor de la verdad. Entonces puede asegurarse que él se esforzará en penetrar los más profundos misterios de la naturaleza, cualquiera que sea el espíritu de su país y de su tiempo, sin necesidad de que se ayude su vuelo, pues sólo bastaría contrarrestarlo. Es lo que quiero decir, que la desigualdad perenne de las condiciones conduce á los hombres á encerrarse en la orgullosa y estéril investigación de las verdades abstractas, mientras que el estado social y las instituciones de carácter democrático lo disponen á no pedir á las ciencias más que sus aplicaciones útiles é inmediatas.

Tendencia semejante es natural, necesaria; conviene conocerla, y aun acaso es preciso hacerla ver.

Si aquéllos que están llamados á dirigir las naciones de nuestros días percibiesen claramente y de lejos estos nuevos instintos, que pronto serán irresistibles, comprenderían que con instrucción y libertad, los hombres que viven en los siglos democráticos no pueden dejar de perfeccionar la parte industrial de las ciencias, y que en adelante, todo el esfuerzo del poder social debe dirigirse á sostener los altos estudios y á crear grandes aficiones científicas.

En nuestros días, es preciso retener el entendimiento humano en la teoría, pues corre por sí mismo á la práctica, y en lugar de atraerlo constantemente hacia el examen detallado de los efectos secundarios, conviene apartarlo algunas veces de él para elevarlo á la contemplación de las causas primarias. Como la civilización romana murió á causa de la invasión de los bárbaros, estamos nosotros muy inclinados á creer que la civilización moderna no puede morir de otro modo.

Si las luces que nos alumbran se hubiesen de apagar, se oscurecerían poco á poco y como por sí mismas; á fuerza de consagrarse á la aplicación, se perderían de vista los principios, y cuando éstos se hubieran olvidado enteramente, se seguirían los métodos que se derivan de ellos; no se podrían inventar otros nuevos, y se emplearían sin inteligencia y sin arte sabios procedimientos que ya no se comprenderían.

Cuando, trescientos años ha, los europeos llegaron á la China, encontraron allí casi todas las artes en cierto grado de perfección; pero se admiraron de que habiendo llegado á este punto, no estuviesen aún más adelantadas. Más tarde, descubrieron los vestigios

de algunas altas ciencias, ya perdidas. La nación era industrial, y la mayor parte de los métodos científicos se habían conservado en su seno, pero la ciencia misma no existía. Esto explicó á dichos europeos la inmovilidad singular en que habían encontrado al espíritu de aquel pueblo. Los chinos, siguiendo las huellas de sus padres, habían olvidado la razón que había dirigido á éstos; se servían de las fórmulas, sin averiguar su sentido; conservaban el instrumento, pero ya no poseían el arte de modificarlo ó reproducirlo; los chinos, pues, no podían hacer cambio alguno y debían renunciar á la mejora; de modo que estaban obligados á imitar siempre y en todo á sus padres, á fin de no lanzarse en las tinieblas impenetrables, si se separaban un instante del camino que estos últimos habían trazado. La fuente de los conocimientos humanos estaba casi agotada, y aunque el río corriese todavía, no podía ya extender su caudal sin cambiar su dirección.

No obstante, la China existía pacíficamente desde hacía algunos siglos; sus conquistadores, los tártaros, habían tomado sus costumbres y reinaba el orden en ella, advirtiéndose por todos lados una especie de bienestar material. Las revoluciones eran raras y la guerra, por decirlo así, desconocida.

Es necesario, pues, no confiar en que los bárbaros están todavía lejos de nosotros, porque si hay pueblos que se dejan arrancar las luces de las manos, hay otros que las apagan bajo sus mismos pies.

CAPÍTULO XI

En qué sentido cultivan las artes los americanos.

Haría perder el tiempo á los lectores y lo perdería yo también, si tratase de dar á conocer de qué manera la mediocridad general de las fortunas, la ausencia de lo superfluo, el deseo universal de bienestar y la labor constante á que cada uno se consagra para procurárselo, hacen predominar en el corazón del hombre el gusto de lo útil sobre el amor de lo bello. En las naciones democráticas se encuentran todas estas cosas, y por eso se cultivarán las artes que conducen á hacer la vida cómoda, con preferencia á aquellas cuyo objeto es sólo embellecerla; preferirán habitualmente lo útil á lo bello y querrán que lo bello sea útil.

Mas yo aspiro á señalar antes el primer rasgo, para después ocuparme de los otros.

Sucedo con mucha frecuencia que en los tiempos de privilegios el ejercicio de todas las artes se convierte en privilegio, y cada profesión es un mundo aparte, en el que no está permitido á todos entrar; aun cuando la industria sea libre, la inmovilidad natural de las naciones aristocráticas hace que todos aquéllos que se ocupan en un mismo arte acaben por formar una clase distinta, compuesta siempre de las mismas familias, cuyos miembros todos se conocen y en donde pronto nace una opinión pública y un orgullo de cuerpo. En una clase industrial de esta especie, cada artesano no atiende solamente á la fortuna que debe hacer, sino á la consideración que tiene que guardar; no es sólo su propio interés el que los dirige, ni el del comprador, sino el del cuerpo, y el de

éste consiste en que cada artesano produzca obras maestras. En los siglos aristocráticos, la aspiración de las artes es hacer lo mejor posible, y no lo más pronto ni más barato.

Cuando, por el contrario, cada profesión está abierta á todos los hombres en general, y todo él mundo entra y sale en ellas sin cesar, y sus diversos miembros vienen á ser extraños, indiferentes y casi desconocidos los unos de los otros á causa de su gran número, el lazo social se destruye; cada obrero, mirando para sí mismo, no pretende sino ganar lo más que le sea posible, con los menores gastos, y sólo la voluntad del consumidor le limita; pero sucede que también éste último sufre su correspondiente revolución.

En los países donde tanto la riqueza como el poder se hallan reconcentrados en determinadas manos y no salen de ellas, el uso de la mayor parte de los bienes de este mundo pertenece á un corto número de personas, siempre el mismo; y la necesidad, la opinión y la moderación de los deseos separan de él á todos los demás hombres.

Como la clase aristocrática permanece inmóvil en el grado de grandeza en que se halla colocada, sin estrecharse ni extenderse, experimenta siempre las mismas necesidades y las siente con fuerza siempre igual, y los hombres que la componen toman naturalmente de la posición superior y hereditaria que ocupan, el gusto por lo que está bien hecho y es muy durable; lo cual da una dirección general á las ideas de la nación, en materia de artes; y sucede también que en estos pueblos, aun el hombre rústico prefiere privarse de las cosas que desea, á adquirirlas imperfectas.

En las aristocracias, los artesanos no trabajan sino para un pequeño número de compradores, difíciles de contentar, y de la perfección de sus trabajos depende la ganancia que ellos esperan.

No sucede lo mismo cuando estando destruídos los privilegios se mezclan las clases y todos los hombres ya bajan, ya se elevan de continuo en la escala social.

En el seno de un pueblo democrático hay siempre una multitud de ciudadanos cuyo patrimonio se divide y se disminuye, y los cuales, habiendo adquirido en otros tiempos más felices, ciertas necesidades que conservan aún después que la facultad de satisfacerlas ha dejado de existir, y buscan con impaciencia otros medios de remediarlas.

Por otra parte, en las democracias se encuentra siempre un gran número de hombres cuya fortuna va en aumento, pero cuyos deseos crecen con más rapidez que la fortuna, y devoran con la vista los bienes que ella les promete, mucho antes de obtenerlos; buscan por todos lados los caminos más cortos para llegar á los goces inmediatos. De la combinación de estas dos causas resulta que haya siempre en las democracias una multitud de ciudadanos cuyas necesidades están fuera del alcance de sus recursos, y que preferirían satisfacerlas incompletamente á renunciar del todo al objeto de su ambición.

El artesano comprende fácilmente estas dos pasiones, porque él mismo participa de ellas, y á la manera que en la aristocracia trataría de vender sus productos á muy alto precio á un reducido número de individuos, ve que hay en la democracia otro medio más expedito de enriquecerse, y es el de vender muy barato á todo el mundo.

No hay sino dos maneras de conseguir que disminuya el precio de cualquier mercancía: la primera, encontrar medios mejores, más pronto y más capaces para producir; la segunda, fabricar en mayor cantidad objetos casi semejantes, pero de menos valor. En los pueblos democráticos las facultades intelectuales del industrial se dirigen á estos dos puntos: él se esfuerza siempre en inventar medios que le permitan no sólo trabajar mejor, sino más aprisa y con el menor gasto posible, y si no lo consigue, amenguará las cualidades intrínsecas de la cosa en que se ocupa, sin hacerla enteramente impropia para el uso á que se la destina.

Cuando sólo los ricos usaban relojes, casi todos éstos eran excelentes; hoy apenas se encuentran más que regulares, pero todo el mundo los lleva. Así, la democracia no propende solamente á dirigir el espíritu humano hacia las artes útiles, sino que también á conducir al artesano á que haga con rapidez muchas cosas imperfectas y al consumidor á contentarse con ellas. No es esto precisamente porque en las democracias no pueda el arte producir obras maestras en caso de necesidad, pues que se ve lo contrario cuando se presentan compradores que se avienen á pagar el tiempo y la fatiga. En esa lucha de todas las industrias; en medio de esa competencia inmensa y de esos numerosos ensayos, se forman operarios excelentes que llegan hasta el último límite de perfec-

ción, pero que raras veces se les presenta la ocasión de hacer ver cuanto saben; ellos economizan cuidadosamente sus esfuerzos para mantenerse en un sabio medio, y aunque son susceptibles de alcanzar mayor elevación, no atienden sino al objeto que se han propuesto. En la aristocracia, por el contrario, los obreros hacen siempre lo que saben hacer, y cuando se detienen es porque han llegado al fin de sus conocimientos.

Cuando llego á un país y veo algunas admirables producciones de arte, nada puedo juzgar por esto acerca de su estado social y de su constitución política; pero si descubro que los productos de las artes son, por lo común, imperfectos, los hay en gran número y á bajo precio, conozco al momento que en el pueblo donde esto sucede los privilegios pierden sus fuerzas, las clases principian á mezclarse y están próximas á confundirse.

Los artesanos que viven en los siglos democráticos, no tratan solamente de poner al alcance de todos los ciudadanos sus productos útiles, sino que también se esfuerzan en dar á todos éstos las cualidades que antes no tenían.

En la confusión de todas las clases, cada uno parece lo que no es, y hace por conseguirlo grandes esfuerzos. La democracia no crea este sentimiento, que es demasiado natural en el corazón del hombre; pero lo aplica á las cosas materiales, y así como la hipocresía de la virtud ha existido en todos los tiempos, la del lujo pertenece más particularmente á los siglos democráticos.

Para satisfacer estas nuevas necesidades de la vanidad humana, no hay ficción á que las artes no hayan recurrido; la industria va algunas veces tan lejos en este sentido, que suele perjudicarse á sí misma; así es que se ha llegado á imitar con tal propiedad el diamante, que es muy fácil equivocarse, y yo creo que desde el momento en que se llegue á fabricar los falsos con una perfección tal que no puedan distinguirse de los verdaderos, es verosímil que se abandonarán los unos y los otros y vendrán á estimarse como pedernales.

Todo esto me conduce á tratar de las artes llamadas por excelencia bellas. No creo que el efecto necesario del estado social y de las instituciones democráticas sea disminuir el número de los hombres que cultivan las bellas artes; pero éstas influyen poderosamente en el modo como se cultivan. La mayor parte de los que

habían contraído el gusto de las bellas artes se empobrecen; por otro lado, muchos de los que no son todavía ricos empiezan á aficionarse á ellas por imitación; de aquí resulta que el número de los consumidores se aumenta en general y de éstos son raros los muy ricos y de gusto delicado. Entonces, las bellas artes tienen alguna cosa de análogo á lo que hice ver hablando de las artes útiles: multiplican sus obras y disminuyen el mérito de cada una de ellas, y no pudiendo atender á lo elevado se busca lo elegante y bonito, fijándose menos en la realidad que en la apariencia.

En los países aristocráticos se hacen algunos grandes cuadros, y en los democráticos muchas pinturas de escaso mérito. En los primeros se elevan estatuas de bronce y en los segundos, de yeso.

Cuando llegué por primera vez á Nueva York, por la parte del Océano Atlántico que se llama el río del Este, me sorprendí al ver á lo largo de la ribera, á alguna distancia de la ciudad, cierto número de palacios pequeños, de mármol blanco, cuya mayor parte tenían una arquitectura antigua. Al día siguiente fuí á visitarlos para contemplar más de cerca lo que había particularmente atraído mis miradas, y hallé que las paredes eran de ladrillos blancos y las columnas de madera pintada, y que del mismo modo estaban construídos todos los monumentos que había admirado la víspera.

El estado social y las instituciones democráticas dan, además, á todas las artes de imitación, tendencias particulares que es fácil señalar. Ellas las separan frecuentemente de la pintura del alma para no aplicarlas sino á la del cuerpo y sustituyen la representación de los movimientos y sensaciones á la de los sentimientos é ideas; de modo que en lugar de lo ideal ponen, por lo común, lo positivo.

Dudo que Rafael hiciese un estudio tan profundo de los más pequeños resortes del cuerpo humano como los pintores de nuestros días. Él no daba la misma importancia que éstos á la exactitud rigurosa, porque pretendía sobrepujar á la naturaleza. Quería hacer del hombre alguna cosa que fuese superior al hombre, y osaba embellecer la beldad misma.

David y sus discípulos eran, por el contrario, tan buenos anatomistas como pintores. Representaban maravillosamente los modelos que tenían á la vista; pero era raro que imaginaran algo más; seguían exactamente la naturaleza, mientras que Rafael procuraba

excederla. Aquéllos nos han dejado, en verdad, una exacta pintura del hombre, pero el otro nos hace descubrir la Divinidad en sus obras.

Se puede aplicar á la elección misma del objeto lo que he dicho de la manera de tratarlo. Los pintores del Renacimiento buscaban fuera de sí ó lejos de su tiempo, grandes objetos que presentaran á la imaginación una vasta carrera; pero los de nuestro tiempo se esfuerzan en reproducir exactamente los detalles de la vida privada que tienen de continuo á la vista, y copian siempre objetos pequeños, cuyos originales se encuentran con abundancia en la naturaleza.
